

1. Leer – Lea los versos despacio y con devoción, varias veces. Escriba cualquier palabra o frase que haya resonado más en su mente y corazón:

2. Meditar – Ahora, comience a reflexionar sobre los versos leídos y pregúntele a Dios qué quiere decirle a través del pasaje bíblico. **¿Señor, que me estás diciendo con esto?**

3. Reza – Responde desde tu corazón a lo que Dios te ha estado hablando. **¿Qué es lo que quieres decirme?** Escribe tu oración al Señor o anota lo que sientas te ha hablado.

4. Contempla – Quédate en silencio y disfruta de Su Paz y Su Presencia. **¿Cómo esta Dios llamándote a actuar en respuesta a lo que te ha mostrado y enseñado?**

**SIGN UP free for
Link to Liturgy**



[1] Mateo 25:21

[2] Fr. Francis Fernández; En Conversación con Dios; Vol. 1; 25.3

[3] Gálatas 4:4-7

[4] Lucas 15:19

[5] Mateo 27:54

[6] Juan 12:14

[7] Lucas 1:38

[8] Acto de Contrición

[9] Juan 16:7-9

[10] 1 Juan 4:18-19

¡Conexión Directa!

¿Qué dice el Evangelio según Mateo 3:13-17 pg. 1

¿Qué dice la Iglesia del pasado y el presente? - pg. 2-3

¿Qué te dice Dios a través de este pasaje? - pg. 4

Lectura del Evangelio – Mateo 3:13-17 – Misal Romano – Ciclo A

Por entonces vino Jesús de Galilea al Jordán, para encontrar a Juan y para que éste lo bautizara. Juan quiso disuadirlo y le dijo: “¿Tú vienes a mí? Soy yo quien necesita ser bautizado por ti.” Jesús le respondió: “Deja que hagamos así por ahora. De este modo respetaremos el debido orden.” Entonces Juan aceptó. Una vez bautizado, Jesús salió del agua. En ese momento se abrieron los Cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Al mismo tiempo se oyó una voz del cielo que decía: “Este es mi Hijo, el Amado; éste es mi Elegido.”

Lectura Espiritual – Oficio de Lecturas

De los sermones de San Gregorio Nacianceno, obispo
Cristo es iluminado: dejémonos iluminar junto con él; Cristo se hace bautizar: descendamos al mismo tiempo que el, para ascender con él. Juan está bautizando, y Cristo se acerca; tal vez para santificar al mismo por quien va a ser bautizado; y sin duda para sepultar en las aguas a todo el viejo Adán, santificando el Jordán antes de nosotros y por nuestra causa; y así, el Señor, que era espíritu y carne, nos consagra mediante el Espíritu y el agua. Juan se niega, Jesús insiste. Entonces: Soy yo el que necesito que tú me bautices, le dice la lámpara al Sol, la voz a la Palabra, el amigo al Esposo, el mayor entre los nacidos de mujer al Primogénito de toda la creación, el que había saltado de júbilo en el seno materno al que había sido ya adorado cuando estaba en el, el que era y habría de ser precursor al que se había manifestado y se manifestará. Soy yo el que necesito que tú me bautices; y podría haber añadido: “Por tu causa.” Pues sabía muy bien que habría de ser bautizado con el martirio; o que, como a Pedro, no solo le lavarían los pies. Pero Jesús, por su parte, asciende también de las aguas; pues se lleva consigo hacia lo alto al mundo, y mira como se abren de par en par los cielos que Adán había hecho que se cerraran para sí y para su posteridad, del mismo modo que se había cerrado el paraíso con la espada de fuego. También el Espíritu da testimonio de la divinidad, acudiendo en favor de quien es su semejante; y la voz desciende del cielo, pues del cielo procede precisamente Aquel de quien se daba testimonio; del mismo modo que la paloma, aparecida en forma visible, honra el cuerpo de Cristo, que por deificación era también Dios. Así, también, muchos siglos antes, la paloma había anunciado el fin del diluvio. Honremos hoy nosotros, por nuestra parte, el bautismo de Cristo, y celebremos con toda honestidad su fiesta. Ojalá que estén ya purificados, y se purifiquen de nuevo. Nada hay que agrade tanto a Dios como el arrepentimiento y la salvación del hombre, en cuyo beneficio se han pronunciado todas las palabras y revelado todos los misterios; para que, como astros

en el firmamento, se conviertan en una fuerza vivificadora para el resto de los hombres; y los esplendores de aquella luz que brilla en el cielo los hagan resplandecer, como lumbreras perfectas; junto a su inmensa luz, iluminados con más pureza y claridad por la Trinidad, cuyo único rayo, brotado de la única Deidad, han recibido inicialmente en Cristo Jesús, Señor nuestro, a quien le sean dados la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amen.

Complaciendo a Dios - Lección y Discusión “...en ti me complazco”

En la lectura del Evangelio, la palabra "hijo" y la palabra "complazco" son importantes. Dios quiere ser complacido por nosotros y quiere estar complacido con nosotros. Debemos querer complacer a Dios.

¿Por qué queríamos complacer a Dios? Algunos agradan a Dios para evitar tener problemas. Otros agradan a Dios para poder conseguir algo como una recompensa de El que lo tiene todo. Podría ser que algunos también agraden a Dios para complacer a la persona que más aman.

¿Por qué complacemos a los demás? Muchas veces complacemos a los demás para conseguir algo, o para que la persona no se enoje con nosotros. Si realmente pensamos en ello, es raro que hagamos algo por alguien solo para complacerlos y no esperar algo a cambio. Complaciendo solamente por amor es difícil, porque parece que siempre nos preguntamos: “¿Qué voy a recibir a cambio?” Es asombroso que Dios quiere sentirse complacido por nosotros. Dios lo tiene todo, pero lo que realmente le da placer es cuando nosotros pensamos en El, hablamos con El y tenemos el deseo de agradarlo. Nuestra vocación, nuestro llamado para complacer a Dios se ve al principio y al final de nuestra vida. Al ser bautizados, nuestro Padre celestial nos dice las mismas palabras que le dijo a Jesús: “Tú eres mi Hijo, el predilecto; en ti me complazco”. Si somos hijos fieles, Dios nos dirá al final de nuestras vidas, “Muy bien, servidor bueno y honrado; ya que has sido fiel en lo poco, yo te voy a confiar mucho más. Ven a compartir la alegría de tu patrón.”[1] La parábola de los talentos en el Evangelio de Mateo compara a los fieles con unos siervos y Dios a un maestro. Al igual que María, somos unos esclavos, unos servidores del Señor. Se puede decir que el esclavo no tenía una voluntad propia, ni podía tener ningún deseo que no fuera de su maestro. Con todo su corazón y con la más grande alegría, Nuestra Señora está de acuerdo de no tener otro deseo que no sea de su Maestro y Señor. Ella se entrega a el sin reservas, sin condiciones.[2] Podemos ser a la vez esclavo e hijo. Contamos con la dignidad de un hijo, sin embargo contamos con la humildad de un esclavo. “De modo que ya no eres esclavo, sino hijo, y siendo hijo, Dios te da la herencia.”[3]

¿Por qué puede ser útil vernos a nosotros mismos como esclavos o siervos a veces? ¿Como hijo o hija? Podemos considerar a la parábola del hijo pródigo. El hijo prodigo se vuelve complaciente mientras esta en la casa de su padre. Incluso le pide a su padre su herencia y se separa de él. No le importa nada acerca de la relación que tiene con su padre, sino que solo quiere lo que el padre puede darle materialmente. Es solo cuando lo pierde todo, cuando él se humilla y anhela la presencia de su padre, que finalmente llega a la conclusión de que, “Ya no merezco ser llamado hijo tuyo. Trátame como a uno de tus asalariados.”[4] Cuando el hijo regresa a casa, arrepentido y completamente listo para ser un sirviente, es el padre que se niega a dejar que él sea un siervo,

sino que lo trata como a un hijo. Jesús se despojó de si mismo como un esclavo, un sirviente en la Cruz, y fue el centurión Romano que no lo reconoce como un esclavo colgado en la cruz, sino que lo reconoce como el Hijo como él lo había profesado, “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios!”[5] María es la humilde sierva del Señor, pero es “bendita entre todas las mujeres” y exaltada por el Padre como la Reina del Cielo. Debemos imitar a Jesús y a Nuestra Señora con nuestra propia humildad y aunque en los ojos de Dios somos como un hijo y una hija preciosa, recordemos que no somos dignos de este honor. Recordemos las palabras de Jesús, “Pues si yo, siendo el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros.”[6] Recordamos las palabras de Nuestra Señora, “Yo soy la servidora del Señor, hágase en mí tal como has dicho.”[7] Somos hijos e hijas de Dios. Un niño se siente motivado a obedecer o complacer a un padre principalmente por dos razones. El niño teme el castigo si no obedece o desea un premio por obedecer. El niño teme decepcionar al padre o desea complacer a los padres. Nuestra relación con nuestro Padre Celestial es el mismo. “Dios mío, me arrepiento de todo corazón de todo lo malo que he hecho y de lo bueno que he dejado de hacer; porque pecando te he ofendido a ti, que eres el sumo bien y digno de ser amado sobre todas las cosas. Propongo firmemente, con tu gracia, cumplir la penitencia, no volver a pecar y evitar las ocasiones de pecado.”[8] Nosotros decimos en el acto de contrición que detestamos nuestros pecados.

¿Por qué detestamos el pecado? Odiamos el pecado porque nos trae el castigo y el sufrimiento, pero, al final, la meta de cada Cristiano es tener una relación con Dios. Esta relación es tal que no queremos ofender a esa persona con quien estamos en esa relación y sabemos que esa persona que amamos merece todo nuestro amor. Si no detestamos el pecado, debemos pedirle al Espíritu Santo para convencernos que existe el pecado, porque no podemos detestar el pecado si no creemos en el pecado o si no podemos diferenciar lo malo de lo bueno. “Se los mandaré [Espíritu Santo] a ustedes. Y cuando venga, probará al mundo donde está el pecado, donde está la justicia y cual es el juicio. El pecado está en no haber creído en mí.”[9] Si no detestamos u odiamos a nuestros pecados, continuaremos pecando.

De ejemplos de cuando usted ha hecho lo correcto solo porque temía el castigo. De ejemplos de cuando usted ha hecho lo correcto por amor a los demás. Estamos motivados para hacer el bien por miedo o por amor y algunas veces una mezcla de los dos. Nuestra motivación principal debe ser por amor. Nos dice San Juan, “En el amor no hay temor. El amor perfecto echa fuera el temor, pues hay temor donde hay castigo. Quien teme no conoce el amor perfecto. Amemos, pues, ya que él nos amó primero.”[10] Es el amor de Dios que nos lleva a amar y nos aleja del miedo.

¿Que nos llevará a hacer el Amor de Dios? El amor de Dios nos llevará a pensar en lo bueno que es Dios; hablando con Él con frecuencia en nuestros corazones, y siempre tratando de complacerlo.[11] Cuando la gente está “enamorada” tiende a pensar, hablar y querer complacer a un ser querido. Dios nos ama y El piensa y nos habla constantemente y es Su deseo complacernos. **¿Por qué a veces es fácil para nosotros concentrarnos en pensar, hablar y complacer a los demás, pero no a Dios?**